

## Liberalismo, fascismo y clase obrera: algunas contribuciones recientes a la historia comparada de la Europa de entreguerras\*

JULIÁN CASANOVA RUIZ  
*Universidad de Zaragoza*

RESUMEN.—En *Liberalism, Fascism or Social Democracy*, un amplio análisis del desarrollo político de Europa occidental desde finales del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial, Gregory M. Luebbert sostiene que la evolución que condujo a la mayoría de las naciones europeas occidentales a la democracia liberal, a la social democracia y al fascismo puede explicarse por el conjunto de alianzas de clases presente en cada una de esas sociedades. La primera parte del artículo presenta el argumento estructuralista de Luebbert y su búsqueda de las variables y conexiones causales que hagan comprensible las diferentes experiencias nacionales. En la segunda parte se intenta comprobar la validez de su argumento a la luz de otras investigaciones recientes. Se trata, en definitiva, de explicar las peculiaridades históricas y estructurales que distinguen los casos de ruptura con el liberalismo de aquéllos que permanecieron en la vía democrática.

ABSTRACT.—In *Liberalism, Fascism or Social Democracy*, a comprehensive analysis of the political development of Western Europe from the late nineteenth-century to the eve of World War II, Gregory M. Luebbert contends that the evolution of most Western European nations into liberal democracies, social democracies, or fascist regimes was attributable to a set of social class alliances within individual nations. The first part of this paper presents Luebbert's structuralist argument and his search for a handful of «master variables» and causal connexions that would explain the particular evolution of each nation. In the second part the paper attempts to evaluate the validity of this argument from other recent research. It seeks, therefore, to explain what structural and historical features distinguish the breakdown cases from those that remained democratic.

La reciente aparición de la obra de Gregory M. Luebbert *Liberalism, Fascism, or Social Democracy* ha puesto nuevamente de manifiesto las virtudes y carencias de la

\* Este ensayo forma parte de una investigación más amplia sobre historia comparada en el período de entreguerras que inicié con una estancia como visiting scholar en el Center For European Studies de la Universidad de Harvard durante el curso 1991-1992, financiada por la Dirección General de Investigación Científica y Técnica.

mejor tradición de historia comparada. Subtitulada *Social Classes and the Political Origins of Regimes in Interwar Europe*, el autor ofrece en ella una sólida explicación del desarrollo político de Europa occidental desde finales del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial. A través de una ecuánime mezcla de comparación y tratamiento detallado de casos específicos, Luebbert explora el conjunto de coaliciones políticas y alianzas de clases que condujeron a la estabilidad de la democracia liberal en Gran Bretaña, Francia y Suiza; a la solución socialdemócrata en Dinamarca, Noruega, Suecia y Checoslovaquia; y al fascismo en Italia, Alemania y España. Una cuarta alternativa, no disponible en las sociedades avanzadas occidentales, apareció en la mayoría de los países de Europa del este donde, ante la escasa amenaza de la clase obrera organizada y el bajo nivel de movilización política, las dictaduras tradicionales fueron suficientes para proteger los intereses de los grupos dominantes e hicieron completamente innecesaria la salida fascista.

Esos cuatro diferentes regímenes no son meras categorías taxonómicas sino «tipos ideales» derivados –e inseparables– de una teoría causal más amplia. Para Luebbert, las causas originarias de esas configuraciones políticas residen en las formas en que millones de personas buscaban mejorar las condiciones materiales de sus vidas por medio de la actividad política. Porque aunque la política nunca puede limitarse al examen de la participación y de los intereses materiales, cualquier teoría que quiera explicar aquellos hechos debería tener en cuenta que en la Europa de entreguerras no podía formarse ningún régimen que careciera de apoyo popular; que todos esos regímenes se basaban en una coalición de clases formada contra la clase excluida; y que, una vez establecidos, esos regímenes nunca prestaban atención a los intereses materiales de aquéllos que no formaban parte de la coalición dominante.

Si los intereses materiales son la «fuerza motriz» del argumento de Luebbert, las clases sociales y los partidos políticos que las representan constituyen sus principales vehículos. Ocurre, sin embargo, que los intereses de clase no siempre dominaban las alianzas políticas y para explicar tanto aquéllas consolidadas como las que fracasaron conviene recurrir también al análisis de las lealtades religiosas, lingüísticas y regionales. En Francia, Gran Bretaña y Suiza las fuerzas liberales mantuvieron su hegemonía gracias a la unión de las clases medias. Por el contrario, en aquellos países que acabaron en dictaduras fascistas o socialdemocracias, los movimientos liberales no habían podido establecer su hegemonía política antes de la Primera Guerra Mundial debido precisamente a las divisiones que en el seno de la burguesía existía en torno a los intereses regionales, lingüísticos y religiosos y fueron esas mismas divisiones las que imposibilitaron la estabilidad de la sociedad liberal en el período de entreguerras.

Con esta tesis como punto de partida, se trata de buscar el conjunto de variables y conexiones causales que, más allá de aportar luz sobre las diferentes experiencias nacionales, proporcione por medio del uso de la comparación múltiple diferentes enfoques alternativos a la explicación individual del historiador. El asunto, visto desde esa óptica, es comprender, por ejemplo, no sólo por qué Alemania llegó a ser fascista sino también dar una explicación precisa de por qué Gran Bretaña no lo fue. Entramos así en un terreno ya escrutado por la sociología histórica norteamericana, y especialmente por Barrington Moore, al que Luebbert aporta de entrada dos innovaciones: concede más relevancia a factores explicativos localizados en el siglo XX y, en consecuencia, asigna un papel mucho más trascendental a la aparición de la clase obrera organizada como un importan-

te contendiente en el escenario de la política nacional. Conozcamos primero sus argumentos para considerar después otras interpretaciones y rastrear finalmente su validez a la luz de algunas investigaciones empíricas recientes. El objeto primordial de este ensayo sería, por consiguiente, descifrar las peculiaridades históricas y estructurales que distinguieron los casos de ruptura radical con el liberalismo de aquéllos que permanecieron en la vía democrática<sup>1</sup>.

#### TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA Y ESTABILIDAD DEL ORDEN LIBERAL

El rasgo esencial que, según Luebbert, distinguió a Gran Bretaña, Francia y Suiza de otras sociedades europeas antes de la Primera Guerra Mundial fue la alianza entre liberalismo y clase obrera que emergió como una consecuencia lógica de la hegemonía de los movimientos liberales. Tal alianza configuró además un tipo peculiar de movimiento obrero que sería «políticamente, organizativamente e incluso psicológicamente incapaz de desafiar el orden liberal entre las dos guerras mundiales».

La experiencia británica ilustra perfectamente esa afirmación. Los años de la reforma, entre 1867 y 1875, contemplaron enérgicos esfuerzos de los partidos Liberal y Conservador por ganar el voto de la clase obrera. La extensión del sufragio y la concesión de derechos legales a los sindicatos para la negociación con los patronos fijaron el marco en el que se desarrollaron las alianzas políticas en las siguientes décadas. Aunque los conservadores contribuyeron también a la integración de la clase obrera en el sistema, fueron los liberales los que conquistaron la lealtad de la mayoría de los trabajadores, y particularmente de los sindicatos, hasta el punto que los defensores de un partido independiente de clase obrera libraron una batalla infructuosa. Los sindicatos admitieron la representación de los intereses obreros por parlamentarios liberales simpatizantes y el electorado, a finales del siglo XIX, «no definía el mundo político desde el punto de vista de clase». Ese nivel de acomodación, junto con la repulsa de los trabajadores a votar candidatos obreros independientes, constituía, según Luebbert, una clara muestra del «alto grado de legitimidad que los trabajadores otorgaron al orden político y económico de la Gran Bretaña victoriana».

Claro que los liberales tenían mucho que ofrecer. Para los sindicatos, siempre fueron una aliados aceptables porque apoyaban su reconocimiento en el orden social. Por otra parte, las reformas aprobadas por los liberales fueron suficientes para convencer a los

1. Los casos de ruptura habían sido analizados en Juan J. LINZ Y Alfred STEPAN eds.: *The Breakdown of Democratic Regimes: Europe* (The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978), pero ninguno de los ensayos incluidos utilizaba la comparación para establecer las diferencias con las sociedades democráticas. El libro de Gregory M. Luebbert es además el primero que incluye a España en un amplio estudio comparado de ese crucial período. Todos los argumentos y entrecomillados que siguen proceden, si no se especifica lo contrario, de su *Liberalism, Fascism, or Social Democracy. Social Classes and the Political Origins of Regimes in Interwar Europe*, Oxford University Press, New York, 1991. Luebbert murió en un accidente en 1988, cuando sólo tenía 32 años, y su trabajo fue recompuesto y finalizado por sus colegas más íntimos. Realmente es una lástima que un estudio tan repleto de pistas sugerentes no pueda ya nunca ser ampliado y defendido por el propio autor. Algunas de sus tesis aparecieron antes en «Social Foundations of Political Order in Interwar Europe», *World Politics*, 39 (1987) pp. 449-478.

dirigentes sindicales de que las instituciones políticas británicas podían ser utilizadas para promover el cambio social. El Partido Liberal sirvió así de puente entre la clase obrera y el orden burgués y ni siquiera la constitución del Partido Laborista en 1906 significó de entrada una victoria de los defensores de un movimiento obrero más coherente y con una clara conciencia de clase. En realidad, sólo tras la Primera Guerra Mundial, con el rápido declive del Partido Liberal, los trabajadores comenzaron a dar su voto a los laboristas.

Las cosas no fueron muy diferentes en Suiza, donde liberales y radicales controlaron los gobiernos hasta 1919, mientras que en Francia las coaliciones electorales interclasis-tas resultaron asimismo decisivas para el crecimiento en las urnas de los socialistas. En los tres casos, los partidos liberales fueron capaces de ajustarse –y obtener beneficios– ante la aparición de organizaciones independientes de clase obrera porque tenían poco que temer de ellas, incluso de las más socialistas. Y tenían poco que temer «porque su más natural y potencial grupo de votantes, las clases medias, no estaban políticamente divididas por antagonismos internos radicados en diferencias religiosas, regionales, lingüísticas y urbano-rurales».

Los movimientos obreros, por su parte, también obtuvieron notables beneficios de esas coaliciones de hegemonía liberal<sup>2</sup>. Dado que ese clima de entendimiento indujo al fortalecimiento de corrientes reformistas, los liberales con poder en la política nacional reconocieron las aspiraciones legítimas de los trabajadores y atraieron a sus dirigentes a los círculos gobernantes. Esos dirigentes, y los trabajadores en general, no siempre vieron satisfechas sus reivindicaciones materiales pero recibieron algo todavía más poderoso: aceptación y dignidad. Lo relevante del asunto fue, en suma, que, en ese escenario de acomodación, los movimientos obreros se caracterizaron por una aceptación sustancial del orden político y económico y por un nivel de conciencia de clase que antes de la guerra fue sorprendentemente bajo en comparación con las «sociedades iliberales». Bajo esas condiciones tan benignas, los sindicatos no sintieron la necesidad de crear «organizaciones coherentes con direcciones centralizadas». A la larga, tras el «despertar de conciencia de clase» que los trabajadores británicos y franceses experimentaron como consecuencia de las privaciones de la guerra, esa ausencia de coherencia y dirección resultaría decisiva para la marginación política de esos movimientos en el período de entreguerras<sup>3</sup>.

2. Aquí se expone sólo la tesis fundamental de Luebbert y no se recogen obviamente los múltiples datos y detalles que rodean su explicación sobre las diferentes variables socioeconómicas –desde la estructura industrial al nivel de sindicación, pasando por el tamaño de las fábricas– que afectaban a Francia y Gran Bretaña. Tampoco podemos abordar toda la complejidad de su estructura comparada en la que Bélgica y Holanda, por ejemplo, constituyen un «subtipo» de democracia liberal.

3. La diferente naturaleza de las organizaciones obreras en las sociedades liberales e «iliberales» antes de 1914 es analizada con minuciosidad por Luebbert en las páginas 159-187. Era básicamente una «diferencia entre partidos organizados como milicias y partidos organizados como ejércitos profesionales». En las primeras funcionaban como «partidos de representación»; en las segundas como «partidos de movilización». Todo ello significaba en la práctica que en las sociedades liberales los partidos obreros tenían una orientación más local, una estructura organizativa más débil y recibían menos votos de la clase obrera y bastantes más de las clases medias que en las otras sociedades. Lo importante para Luebbert, no obstante, es que esas diferencias, frente a lo

Un período en el que, mientras el resto de Europa se encontraba en estado de cataclismo, Francia, Gran Bretaña y Suiza pudieron resistir la crisis debido a la «esencial continuidad» de sus estructuras políticas y económicas liberales. Esos órdenes liberales exhibieron cinco características fundamentales que los diferenciaban de esas sociedades que llegaron a ser socialdemócratas o fascistas. En primer lugar, al contrario que en los fascismos, la política democrática subsistió la crisis de entreguerras. Además, frente a lo que ocurrió en las socialdemocracias, esa continuidad fue posible sin un cambio apreciable en el balance de poder entre las clases. La tercera característica fue la facultad del estado liberal de confiar en el mercado para disciplinar a los sindicatos. El cuarto elemento de continuidad, consecuencia del anterior, fue que los estados liberales no necesitaron otorgar a los sindicatos un «papel consultivo» en la política, como el conquistado en las socialdemocracias, ni obtener su colaboración para llevar a cabo la política económica y mantener la paz liberal. Por la misma razón, tampoco hubo motivo para aplastar al obrerismo organizado y someterlo a mecanismos de control estatal como en los fascismos. Los estados liberales mostraron, por último, una tenaz confianza en políticas económicas ortodoxas, o neo-ortodoxas, de mercado, incluso a pesar de las circunstancias extraordinarias derivadas de la Depresión de 1929.

Definida esa continuidad, y dado que los trastornos políticos del período de entreguerras fueron sobre todo la expresión de un agudo conflicto de clases, lo esencial para Luebbert consiste en explicar por qué los sindicatos en las sociedades liberales no pudieron eludir la disciplina del mercado, por qué los partidos obreros tampoco fueron capaces de originar un cambio en el equilibrio de poder entre las clases y por qué, en definitiva, los conflictos de clase pudieron contenerse en el marco del orden liberal.

Las verdaderas razones de esa continuidad –o la ausencia de amenaza obrera al dominio burgués– radicaban en los diversos efectos legados por la hegemonía liberal y las alianzas entre liberalismo y clase obrera anteriores a 1914. Como esos regímenes gozaban de amplia aceptación entre la clase obrera, sus dirigentes no sintieron propensión alguna a retar el orden establecido. Por otra parte, la «acomodación» de los movimientos obreros bajo esa hegemonía liberal había generado una falta de cohesión organizativa que impidió, en esos años críticos, un enfrentamiento contra los patronos y el estado. Finalmente, la ausencia de «divisiones preindustriales» en la burguesía que, recuérdese, habían permitido el predominio de los partidos liberales antes de la guerra, posibilitó, en el nuevo contexto de lucha de clases mucho más intenso, la aparición de una coalición de derechas unida por el antisocialismo. Los partidos obreros, perjudicados por ese modelo de polarización derecha-izquierda del sistema político, se quedaron sin un aliado real necesario para conseguir la mayoría electoral. En consecuencia, incluso cuando llegaron al poder como en Gran Bretaña en 1924 y 1931 y en Francia en 1936, dependieron de la «buena voluntad reformista» o de los «temores de clase» de los elementos no socialistas que los toleraron o apoyaron.

Todo eso no quiere decir que Gran Bretaña, Francia y Suiza fueran inmunes al terremoto social que sacudió Europa en los dos años posteriores a la firma del Armisticio. Para Francia y Gran Bretaña, pero especialmente para ésta, la guerra había sido una experiencia traumática, con varios millones de hombres movilizados, heridos o muertos en

que sostienen otros autores, nada tenían que ver con la estructura industrial o el ritmo de industrialización sino que procedían fundamentalmente de la política.

combate. El liberalismo fue también una de sus víctimas porque la guerra resultó ser la antítesis de todas sus prédicas acerca de la fe en la razón, el progreso y la ciencia. La revolución rusa, por otro lado, al hacer verosímil por primera vez la idea de una revolución proletaria, acentuó el conflicto de clases en toda Europa. La protesta obrera y las huelgas adquirieron una magnitud sin precedentes y los sindicatos experimentaron en ambas sociedades una explosión de afiliados que desbordó la capacidad organizativa de sus estructuras tradicionales. Ocurrió, no obstante, que los gobiernos y patronos, al contrario que en otros países, consiguieron restaurar las prácticas industriales de antes de la guerra. El movimiento obrero fue derrotado y perdió así una oportunidad histórica de mejorar sustancialmente sus posiciones en el orden económico y político.

En la búsqueda de una explicación a esa derrota Luebbert recurre de nuevo al peso de la experiencia histórica y al legado institucional como determinantes casi absolutos de las posibilidades de actuación de las organizaciones obreras. Desde ese punto de vista, poco importaban las luchas ideológicas o que los partidos obreros estuvieran dominados por tendencias revolucionarias o reformistas. Como partidos minoritarios en sociedades en las que, resueltas las «divisiones preindustriales», los conflictos habían sido casi exclusivamente reducidos a conflictos de clases, sólo podían gobernar formando alianzas que les obligaban a hacer concesiones y abandonar así sus propios programas. Bajo esas condiciones, sólo tenían oportunidades cuando la derecha estaba temporalmente «agotada», en proceso de consolidación –como en Gran Bretaña tras las elecciones de 1924 y 1929–, o se vio forzada a una alianza –algo que ocurrió en Francia en 1936– para hacer frente al fascismo o al desorden social.

El resultado final parece claro: dado que las alianzas gobernantes de centro-derecha no fueron cuestionadas, la capacidad destructiva de los sindicatos fue limitada y los dirigentes obreros respetaron las instituciones económicas y políticas de la sociedad liberal, el orden establecido no sufrió una amenaza seria ni siquiera en los duros años de la Depresión.

Esa historia de avances y derrotas obreras fue en algunos aspectos similar a lo que ocurrió en otras partes de Europa occidental en el mismo período. En Gran Bretaña, Francia y Suiza, como hemos tratado de demostrar a través de Luebbert, las oleadas de avance y retroceso fueron «asimiladas y la historia acabó con el reequilibrio de las economías políticas liberales». En las otras sociedades, sin embargo, «ni el reequilibrio del orden prebélico ni la estabilidad de las economías políticas resultaron posibles». La estabilidad requería otras políticas e instituciones, con diferentes alianzas de clases.

#### EL FRACASO DEL LIBERALISMO Y LA SOLUCIÓN FASCISTA

Que eso fuera así, es decir, «que sólo fuera posible estabilizar las sociedades *iliberales* con socialdemocracia o fascismo», se debió, según Luebbert, al fracaso del liberalismo en el establecimiento de su hegemonía en esas sociedades antes de la guerra y al consiguiente fracaso de todos los experimentos de coalición entre liberales y obreros. Su argumento, como puede comprobarse, utiliza los mismos ingredientes que los ya vistos para Gran Bretaña, Francia y Suiza. Ahora bien, si el fracaso del liberalismo derivó de su incapacidad para atraerse un apoyo suficiente de las clases medias, la cuestión funda-

mental es por qué en esos países de Europa las clases medias respaldaron menos a los partidos liberales e imposibilitaron con ello el asentamiento de su dominio<sup>4</sup>.

Para encontrar una respuesta convincente a esa pregunta, Luebbert rechaza una tesis muy influyente en la literatura sobre modernización política, adelantada hace ya unas décadas por Ralf Dahrendorf y Alexander Gerschenkron, que subraya la industrialización tardía y el consiguiente mayor peso del Estado en el desarrollo industrial como factores fundamentales que obstaculizaron el crecimiento de la burguesía, del liberalismo y de la democratización en general. Porque, como muestran los datos históricos comparados sobre sectores productivos, el grado de industrialización es insuficiente para explicar el poder político de los partidos liberales. A finales del siglo XIX había en Europa occidental sociedades industriales con hegemonía liberal y sociedades industriales donde los movimientos liberales no eran hegemónicos. Francia, por ejemplo, tenía un sector primario similar o incluso mayor que el de Bélgica, Holanda, Dinamarca, Alemania o Noruega, con un ritmo industrializador y una estructura social también parecidos, y sin embargo el resultado político fue muy diferente.

La ineficacia del liberalismo en esos casos habrá que buscarla, por consiguiente, en otros terrenos y Luebbert vuelve de nuevo a su tesis central. La formación del estado-nación fue acompañada en esas sociedades de «divisiones en la burguesía» que tenían su origen en el período preindustrial. Conflictos sobre el territorio nacional, la religión, entre centro y periferia, campo y ciudad y entre las diferentes comunidades nacionales persistían todavía como puntos de enfrentamientos en la etapa de movilización de masas. Y esas «divisiones preindustriales» fueron suficientemente poderosas para impedir el reclutamiento de una parte importante de las clases medias por los movimientos liberales.

En un análisis de ese tipo, por consiguiente, lo que cuenta no es tanto el nivel de modernización, su ritmo o su rapidez, como las «líneas heredadas de conflicto» sobre las que la modernización actuó. Bajo ese supuesto, cuanto más avanzó la modernización, más vulnerable llegó a ser el liberalismo. Lo que le hizo vulnerable no fueron, sin embargo, los agudos conflictos de clases provocados por la modernización. En todas esas sociedades examinadas por Luebbert, «el liberalismo estaba ya en retirada *antes* de que el conflicto de clases se convirtiera en un rasgo central de la política». Así, la industrialización y sus efectos acompañantes aportaron divisiones sociales cuyas influencias políticas habían estado previamente latentes. «La modernización, alcanzado un nivel mínimo, fue políticamente neutral. Las que no fueron neutrales fueron las animosidades históricas que la modernización despertó».

Hubo casos, no obstante, donde la estructura social y el nivel de modernización sí que importaban realmente y dejaron de ser, por lo tanto, neutrales. Puestos en términos más simples, podría decirse que había «un nivel de atraso» por debajo del cual ningún movimiento liberal podía esperar su arraigo en la sociedad. Tenía que haber una burguesía económicamente independiente y con objetivos políticos. Si esa clase no existía, difícilmente podría achacársele —a ella o a sus divisiones— el fracaso del liberalismo. Esa era, sin duda, una de las diferencias fundamentales que separaban las experiencias histó-

4. Aunque en este apartado Luebbert estudia las circunstancias que debilitaron los movimientos liberales en Holanda, Bélgica, Dinamarca, Suecia, Noruega, Alemania, Italia y España, en las páginas que siguen resumimos únicamente los argumentos más relevantes que aporta para explicar la evolución hacia los fascismos, con especial mención al caso español.

ricas de Europa occidental y del este antes de la Primera Guerra Mundial. En los casos más extremos, en muchas partes de Europa del este, el nivel de industrialización era tan bajo y la estructura de clases tan «inadecuada» que los movimientos liberales no podían ser sino «voces marginadas en las ciénagas del atraso». En otros lugares de Europa del este el grado de modernización era mayor pero constituía con todo un serio obstáculo para los liberales porque lo que había en realidad era «una burguesía sucedánea» en las ciudades, dependiente del Estado y del capital extranjero, y una élite terrateniente en el campo que trataba despóticamente a un campesinado empobrecido y analfabeto. Bajo esas circunstancias, cuando emergieron instituciones liberales, como las constituciones, el sufragio masculino o los parlamentos, sirvieron únicamente «como emblemas de modernidad en sociedades premodernas».

La línea divisoria entre las experiencias históricas de Europa del este y del oeste pasaba por España, a la que Luebbert califica de «caso fronterizo» entre los dos modelos. Porque en España confluían algunos de los rasgos del atraso oriental –altas tasas de analfabetismo, burguesía dependiente del Estado, regiones de agricultura latifundista, estructuras estatales muy centralizadas pero ineficaces– con algunos de los conflictos religiosos y regionales propios del occidente.

La disyunción entre el poder económico y el político, característica del primer capitalismo en sociedades atrasadas, tenía su expresión en España en la hegemonía política de la atrasada Castilla sobre las regiones más avanzadas e industrializadas de Cataluña y el País Vasco. Tal disyunción tenía menos importancia política en el este de Europa porque el sector industrial en esas sociedades era minúsculo o eran sociedades que carecían de independencia nacional. Y esa diferencia era fundamental: pues España, «aunque compartía el atraso del este, participaba también de la independencia del occidente». La política en España, por consiguiente, no estaba subordinada al tipo de luchas que la caracterizaban en los territorios dependientes de los imperios ruso, Habsburgo y alemán. Lo que unía a los liberales españoles con los de Europa occidental fue el hecho de que, al actuar en una nación independiente, su éxito o fracaso no dependía de nadie. Pero al contrario de lo que sucedía con otros movimientos liberales en el occidente, su fracaso fue consecuencia no sólo de sus propias divisiones sino del atraso de la sociedad en que actuaban. «Al combinar independencia nacional con divisiones en las clases medias y atraso, España reunió dos experiencias distintivas. Una adecuada explicación del fracaso del liberalismo español debe incluir tanto los efectos de las divisiones heredadas como la ausencia de modernidad».

Regionalismo, los conflictos entre clericalismo y anticlericalismo y en menor grado los de clase fueron los ejes esenciales sobre los que giró la política española entre 1898 y 1923. Esas luchas no obstaculizaron simplemente la hegemonía de una coalición liberal sino la de cualquier coalición eficaz de gobierno, «creando así las condiciones que invitaban a una toma del poder por los militares en 1923». Según el argumento de Luebbert, el atraso español hizo mucho más difícil «el ajuste» de esas divisiones porque sus manifestaciones más relevantes –intervencionismo del ejército, debilidad de la sociedad civil y de los partidos políticos, persistencia del fraude electoral y disyunción entre el poder económico y político– impregnaban toda la sociedad. El atraso español, por lo tanto, «era una especie de pecado original: sólo podía ser superado con una redistribución del poder político a los sectores más modernos, pero tal redistribución no podía ocurrir porque las divisiones heredadas impedían a esos sectores o unirse bajo la direc-

ción de Cataluña o alcanzar un arreglo con Madrid. En realidad, la peculiar estructura de esas divisiones reforzaba la hegemonía política de las partes menos modernas de España».

Como puede observarse, el razonamiento de Luebbert es concluyente: el caso español demuestra que en aquellas sociedades de Europa occidental donde se alcanzaba un determinado «nivel de modernidad», el fracaso del liberalismo no puede explicarse sólo por la estructura de las divisiones heredadas. Además, la peculiar combinación de atraso y divisiones heredadas en el marco de una sociedad independiente tuvo importantes implicaciones no sólo para el fracaso del liberalismo sino para la naturaleza de las relaciones entre liberalismo y clase obrera, de la organización de la clase obrera y de los regímenes políticos que surgieron y colapsaron entre las dos guerras mundiales.

Porque, retomando el hilo conductor principal, la ausencia de hegemonía liberal en todas esas sociedades fue también crucial para el modelo de movilización y organizaciones obreras que surgió antes de 1914. El mismo escenario que impidió a los liberales establecer su dominio hizo imposible el tipo de alianzas entre liberalismo y clase obrera tan características de la política en ese período en Francia, Gran Bretaña y Suiza. En ausencia de esa hegemonía, los partidos liberales rechazaron cualquier alianza con los movimientos socialistas porque veían en ellos una seria amenaza para el sistema. Sin posibles aliados, a los partidos socialistas y sindicatos sólo les quedaba la vía de la organización autónoma de la clase obrera para conseguir sus objetivos políticos y económicos. El resultado fue que los partidos liberales, incapaces de reclutar a las clases medias políticamente divididas, se encontraron enfrentados a un movimiento obrero cohesionado y en rápido ascenso<sup>5</sup>. Y ese poder del obrerismo organizado reforzó la peculiar trayectoria de esas sociedades, pues en la crisis de los años de entreguerras creó algunas opciones para la estabilidad política y económica y cerró otras. En el lenguaje de Luebbert, «llegó a ser una de las estructuras que limitaron el tipo de elección».

La «cohesión de clase» y la red organizativa conseguidas por los movimientos obreros en las sociedades «iliberales» sirvió de marco y plataforma para la explosión de protesta y movilización de los trabajadores que tuvo lugar en la posguerra frente a una burguesía dividida e insegura. Esos conflictos de clases ocurrieron además en sociedades

5. En opinión de Luebbert, los estados en las sociedades «iliberales» no intervenían a favor de las organizaciones sindicales y, en consecuencia, los obreros estaban siempre en desventaja en el mercado de trabajo. Y fue precisamente esa respuesta común en defensa de los patronos la que generó el «extraordinariamente similar modelo de movilización de la clase obrera en esas sociedades». Los trabajadores tenían que depender siempre de sus propios recursos y el principal de ellos era una poderosa organización. Para las clases obreras víctimas de esos gobiernos podía tener importancia si las respuestas eran violentas, como fue el caso de España e Italia, meramente represivas, como en Alemania, o sólo hostigadoras, como en Noruega, Suecia y Holanda. Pero, a largo plazo, esas respuestas iniciales de los estados parecen haber tenido escasas consecuencias porque «no hay relación entre ellas y el tipo de organización, o el radicalismo y reformismo, o las ideologías que caracterizaron a los movimientos obreros en los años de entreguerras». Lo que importó a largo plazo fue si podían contar con el estado como aliado. Donde no fue así, el legado de «cohesión de clase» persistió en ese período crítico (pp. 182-184). Existe, por el contrario, una amplia literatura que relaciona la actitud del estado ante la cuestión obrera —represiva o más «flexible»— con el radicalismo o reformismo de los movimientos obreros. Un buen ejemplo, que examina además las diversas variables nacionales a partir de monografías específicas, puede verse en Dick Geary, *European Labour Protest, 1848-1939*, Methuen, London, 1984.

en las que la legitimidad del poder obrero, especialmente del poder para gobernar, fue frontalmente combatida y donde una tercera fuerza, las familias campesinas que poseían pequeñas y medianas propiedades agrarias, se había situado rápidamente en el escenario como un actor imprescindible. «Qué hacer con la clase obrera se convirtió en realidad en la cuestión existencial de la política de entreguerras». Al fin y al cabo, nos recuerda Luebbert, la crisis de los regímenes en esos años puede interpretarse como intentos de encontrar una solución al problema de absorber y domesticar a movimientos obreros fuertemente organizados. Los diferentes regímenes alternativos que en principio aportaron sus soluciones –democracia liberal, socialdemocracia y fascismo– asumieron, como veremos, modelos diferentes de alianzas de clases entre esos tres actores principales.

La coalición entre liberalismo y clase obrera, y, en consecuencia, la estabilidad del orden liberal, no fue posible en Italia, Alemania y España por las mismas razones que la había hecho imposible antes de 1914. Las viejas divisiones en las clases medias fueron reavivadas y reforzadas por la creciente intensidad del conflicto de clases que la guerra engendró, dando como resultado la continua fragmentación de la burguesía en un momento en que los viejos partidos liberales declinaron y surgieron otros nuevos. La crisis condujo además a la salida de los representantes de los sectores tradicionalmente dominantes de las instituciones políticas y a un profundo cambio en el balance de poder. La «obligada apertura» del poder político a los partidos obreros socavó los órdenes constitucionales que habían sido diseñados para mantener el poder del gobierno fuera de sus manos. Esos cambios institucionales y en el equilibrio del poder político y económico fueron, sin embargo, incompletos porque la ampliación de la participación destruyó los viejos órdenes «sin proporcionar a los nuevos una base social estable». Y eso equivalía a un «cambio de régimen parcial», que dejó a esas sociedades en un «limbo político» hasta que el cambio culminó en el fascismo.

El período entre el final de la guerra y el establecimiento de los regímenes fascistas fue, por lo tanto, de búsqueda de una «coalición estabilizadora» que pudiera incorporar algún tipo de combinación adecuada entre burguesía, clase obrera y campesinado en defensa del orden constitucional. Fue, en palabras de Luebbert, “un interludio en el que los estados estaban disponibles”, bloqueados «por sus bases sociales inadecuadas y por la inviabilidad de sus políticas económicas clásicas». Una impotencia que se hizo especialmente evidente en su «incapacidad para obtener la sumisión de los sindicatos a la disciplina del mercado», incluso antes de la quiebra económica de 1929 y 1930. El efecto acumulador del legado de la cohesión obrera, de la división en las clases medias y del continuo fracaso tanto de las estrategias de coalición entre liberalismo y clase obrera como de la consolidación burguesa convirtieron, en definitiva, a las democracias que surgieron en esas sociedades en 1919 en poco más que una imitación de los órdenes liberales estabilizados en Gran Bretaña, Francia y Suiza. Pues «ni las coaliciones social-liberales, ni las políticas económicas liberales, ni los modelos de organización que apuntalaron esas políticas estaban disponibles en las sociedades iliberales».

El problema para esas sociedades en esos años de crisis y fracaso liberal es que no podían ser gobernadas como auténticas democracias representativas y estables sin el consentimiento del movimiento obrero y, dada la cohesión y poder de éste, tal conformidad no podía conseguirse a través de la fuerza del mercado. A la postre, el apoyo del movimiento obrero sólo podría obtenerse con una solución política, en detrimento del

mercado, que borrara de un plumazo la capacidad «disociadora» de los sindicatos. Pero eso requería otra coalición con ideología y políticas diferentes.

Aclarada la imposibilidad de consolidación del orden liberal, Luebbert pone especial énfasis en explicar por qué en esas sociedades occidentales no se recurrió a las dictaduras tradicionales, excepto en el «interludio» de Primo de Rivera en España, y por qué «el autoritarismo occidental precisaba del fascismo»<sup>6</sup>. Las dictaduras tradicionales que aparecieron en la mayoría de las sociedades del este de Europa en los años veinte y treinta tras el colapso de los viejos imperios, «fueron apropiadas sólo para sociedades tradicionales». La característica esencial de esos regímenes fue «su defensa de los intereses agrarios tradicionales y de una fracción de la burguesía urbana en sociedades en las que la amenaza de la clase obrera urbana seguía siendo comparativamente débil».

Típico de ese «autoritarismo limitado» fue la posición que adoptaron hacia el movimiento obrero con la tolerancia de sindicatos y partidos socialistas domesticados, a los que se otorgó derechos limitados para organizar a ciertos grupos de trabajadores y para emprender negociaciones colectivas. Esa subordinación de los sindicatos fue no obstante posible porque la clase obrera era pequeña y no podía plantear un serio peligro para el Estado y los principales patronos. No había, en consecuencia, «necesidad de aplastar a las organizaciones socialistas y reemplazarlas con sindicatos y movimientos promovidos por el Estado que buscaban, como hizo el fascismo, erradicar la disidencia obrera y movilizar a los trabajadores por los objetivos del estado fascista». Porque en ausencia de un movimiento obrero potente y ante un bajo nivel de movilización política, «una dictadura tradicional era completamente suficiente para proteger los intereses de aquellos a quienes servía».

Resulta inimaginable, por otro lado, que tales dictaduras pudieran haber permanecido en el poder durante mucho tiempo en las sociedades modernas del «occidente no liberal» donde la solución exigía privar de derechos civiles y políticos a la clase obrera y destruir sus conquistas sociales. Podría argumentarse que el fascismo fue más «perfecto» y totalitario en Alemania, donde se necesitaba una «ruptura revolucionaria» con el pasado más profunda, que en Italia y España. Pero en las tres sociedades la «estabilidad del autoritarismo» requería muchas más cosas que en el este: el cierre de parlamentos, la anulación de los partidos políticos, la supresión de la libertad de prensa y especialmente la destrucción de los movimientos obreros. No se trataba de una diferencia de grado sino de tipo de régimen. En la práctica, esos pasos eran interdependientes pues en esas sociedades occidentales ningún régimen autoritario podía mantenerse en el poder mucho tiempo a no ser que se dieran todos ellos. Frente a un nivel de movilización política y social tan amplio y a movimientos tan poderosos –con direcciones centralizadas, largas

6. Tras ese interludio, «que significaba más la transformación de la crisis del liberalismo en autoritarismo que su absoluto abandono», España experimentó «la misma clase de deterioro político que había ocurrido en otros lugares de Europa y por las mismas razones». La eliminación de las barreras constitucionales a la participación política obrera en absoluto equivalía a la creación de una coalición estable. «Los tres primeros años de la República revelaron el mismo fracaso de la coalición liberalismo-movimiento obrero y de la consolidación burguesa, la misma fragmentación política de las clases medias y la misma incapacidad de formar coaliciones gobernantes duraderas que prevalecieron en otras partes» (pp. 245-246).

historias y sólidas lealtades y expectativas obreras—, sólo el fascismo podía ofrecer una salida autoritaria duradera<sup>7</sup>.

Ahora bien, el fascismo sólo podía llegar a ser una fuerza significativa en esas sociedades si el liberalismo y la socialdemocracia habían fracasado en sus intentos de «acomodar» a lo que Luebbert denomina «el campesinado familiar», ese «sector intermedio de la sociedad agraria que poseía suficiente tierra para emplear a los miembros de la familia y producir para el mercado pero no tanta como para necesitar mano de obra asalariada». Entramos así en un breve examen del papel que Luebbert asigna al campesinado, una cuestión que desde Barrington Moore a Theda Skocpol, pasando por Eric R. Wolf o James C. Scott, ha estado siempre presente en la historia comparada del cambio social<sup>8</sup>.

Ese «campesinado familiar» era, junto con la burguesía urbana y la clase obrera, uno de los actores principales en el escenario político del período de entreguerras. Para estabilizar una sociedad «iliberal» en el occidente se requería la inclusión en una alianza de dos de esos actores, ya que en solitario ninguno tenía la fuerza para imponerse a los demás, fuera por procedimientos democráticos o autoritarios. Ante la imposibilidad de una alianza entre las dos clases urbanas, y dado el balance existente en esas sociedades entre las poblaciones rurales y urbanas, cualquier coalición debía incluir al sector rural. La solución socialdemócrata necesitaba una coalición entre clase obrera y el «campesinado familiar» y el orden fascista una diferente entre el campesinado y la burguesía urbana. En cualquier caso, la coalición tenía que ser con el «campesinado familiar» porque, «dentro de la población agraria, sólo ese sector combinaba una base popular, una porcentaje alto y estable de participación política, un programa político diferente, y la capacidad para desestabilizar el sistema político hasta que ese programa se ejecutase». El proletariado rural tenía también su programa y, en sociedades como Italia o España,

7. El carácter menos «totalitario» del fascismo español se debía, según Luebbert, a la combinación de componentes de modernidad, típicos de occidente, y de atraso, propios del este, presentes en España; por una parte, en los años treinta era una sociedad suficientemente moderna como para llegar a ser fascista; pero, por otro lado, tenía un ejército que se creía el depositario de los valores esenciales de la civilización española. Eso explica que Franco llegara al poder por medio de la conquista militar y, una vez victorioso, «pudiera confiar en su ejército como instrumento de control de una forma que Hitler y Mussolini nunca pudieron». El hecho de que su régimen evolucionara con el tiempo hacia una dictadura burocrática no tiene nada de extraño y es muy probable que «si hubieran durado, los regímenes de Hitler y especialmente el de Mussolini habrían evolucionado de la misma forma»: eliminados sus oponentes, el totalitarismo, y especialmente el régimen de terror, se convierten en estorbo y obstáculo para el rendimiento económico y social (pp. 276-277). La idea de que la dictadura de Hitler tampoco hubiera podido sostenerse sólo por el régimen de terror aparece expuesta en el interesante análisis de Robert GELLATELY: «Rethinking the Nazi Terror System: A Historiographical Analysis», *German Studies Review*, vol. 15, n 1 (1991), p. 33.

8. Aunque no es éste el lugar apropiado para incidir en un tema tan primordial, podría recordarse que en inglés existen dos trabajos recientes que resumen las teorías y métodos de los principales autores que lo han abordado: Jack A. GOLDSTONE ed.: *Revolutions. Theoretical, Comparative and Historical Studies*, Harcourt Brace Jovanovich, Orlando, Florida, 1986; y Rod AYA: *Rethinking Revolutions and Collective Violence. Studies on Concept, Theory and Method*, Het Spinhuis, Amsterdam, 1990. He traducido literalmente «family peasantry» como «campesinado familiar», aunque ni en inglés ni en castellano son expresiones correctas, porque su definición, que es lo que en este caso importa, aclara lo que hay detrás de ese concepto.

el poder para proporcionar una base social de masas, pero era incapaz de autodirigirse y de crear sus propias organizaciones. Y debido precisamente a esa incapacidad de atacar al orden existente sin una dirección externa, «podía ser ignorado si las fuentes de dirección externa eran eliminadas».

Ocurrió además que el conflicto de clases era tan central para la existencia política de los campesinos como lo era para la burguesía y la clase obrera urbanas. Si los partidos socialistas intentaban movilizar al proletariado rural, «se enredaban» en ese conflicto y amenazaban a los pequeños y medianos propietarios de diversas formas. La amenaza más seria procedió de las campañas socialistas en nombre del proletariado rural para realizar la reforma agraria. El hecho de que la redistribución se llevara a cabo fundamentalmente a expensas de los grandes terratenientes y que se utilizaran todo tipo de razonamientos para demostrar que no afectaría a los pequeños propietarios, no pareció reducir ese sentimiento de amenaza. De la misma forma que los esfuerzos socialistas a favor de los trabajadores urbanos despertaron notables recelos entre «las clases medias bajas», incluso aunque no fueran directa y materialmente amenazadas por aquéllos, el apoyo socialista a los trabajadores agrícolas generaba un intenso resentimiento entre las familias campesinas. En realidad, al margen de las peculiaridades nacionales de esos conflictos, «resentimiento y una sensación de abandono fueron los rasgos comunes de todos los movimientos campesinos antisocialistas».

Así, las coaliciones de clases medias rurales y urbanas que se formaron en Italia, Alemania y España asumieron el común objetivo de extirpar la amenaza socialista obrera y fueron especialmente avivadas por el antisocialismo del «campesinado familiar». Los resultados de ese proceso fueron determinados por la política y no tanto por el tamaño del sector agrícola o del proletariado rural. Los socialistas consiguieron sólo establecer una coalición con el «campesinado familiar» en aquellas sociedades en las que el proletariado rural había sido ya movilizado por otros partidos. Por el contrario, donde el proletariado rural estaba disponible, como en España, Italia y Alemania, los intentos de atracción de ese sector por parte de los socialistas exigían compromisos que enemistaron a los pequeños y medianos propietarios. En el primer supuesto, el resultado fue la hegemonía socialdemócrata; en el segundo, el fascismo. Una de las condiciones previas para el triunfo del fascismo fue, por lo tanto, la existencia de un movimiento obrero comprometido en defensa del proletariado rural.

Llegamos de esta forma al final del recorrido por el análisis del Luebbert sobre los regímenes político-económicos que aparecieron y se establecieron como claras alternativas en el período de entreguerras. Esos regímenes fueron, sobre todo, «respuestas en la política y en el mercado de trabajo a las demandas de la clase obrera». Antes de 1914, todos sus intentos por conseguir derechos económicos y políticos fueron limitados y el desafío obrero permaneció bajo control. Con el colapso de las barreras tradicionales al poder obrero tras la Primera Guerra Mundial, las cosas cambiaron. Los años siguientes se caracterizaron por «la búsqueda de fórmulas políticas y económicas que pudieran estabilizar el balance del poder político, proporcionar medios eficaces para dirigir la economía y, al mismo tiempo, disipar, acomodar o aplastar las exigencias de la clase obrera». Fue de esa búsqueda de donde surgieron la democracia liberal, la socialdemocracia y el fascismo.

Los tres regímenes fueron alternativas en el sentido de que derivaban de diferentes grados de éxito liberal y diferentes modelos de participación obrera en la política en el período anterior a 1914, se apoyaron en diferentes alianzas de clases en los años de en-

reguerras, adoptaron diferentes respuestas ante la crisis económica de los años veinte y treinta y, sobre todo, exhibieron planteamientos éticos muy distintos. Pero no eran alternativas que podían ser elegidas conscientemente por esas sociedades, por sus movimientos sociales o por los dirigentes que los representaban. Porque una de las enseñanzas principales que aporta el estudio de Luebbert es que «el liderazgo y la elección intencionada no desempeñan papel alguno en los resultados». En otras palabras, «los resultados fueron estructurados». Luebbert concluye así el libro con una defensa de su «argumento estructuralista» en contraste con otras explicaciones que él considera menos satisfactorias. Una buena forma, sin duda, de cerrar un trabajo notable que ha merecido ya un amplio reconocimiento en círculos prestigiosos de la ciencia política y sociología norteamericanas.

Existen, sin embargo, otros trabajos recientes que, cubriendo el mismo período y casos similares, llegan a conclusiones opuestas, aportan explicaciones diferentes sobre las causas originarias de esos regímenes y conceden especial importancia histórica a hechos y fenómenos que Luebbert ni siquiera valora o desprecia por irrelevantes. Ninguno de ellos se aproxima a la complejidad de su estructura comparada múltiple y no pueden, por consiguiente, considerarse alternativas globales a su análisis. Pero, tomados en conjunto, proporcionan algunas vías de escape a la rigidez de su marco estructural y arrojan luz sobre importantes zonas del escenario histórico que Luebbert deja a la sombra. La exposición aparece dividida en tres apartados. En el primero se presta atención a las historias «desde arriba» que subrayan la estabilidad del período e introducen nuevos actores en las coaliciones de clases que llevaron a los fascismos; en el segundo es la historia «desde abajo», de la protesta y de los movimientos sociales la que introduce fenómenos considerados por otros historiadores fundamentales para comprender la crisis de esos años; en el tercero, a modo de conclusión, realizaremos algunas observaciones sobre el alcance y los límites del análisis comparado de Luebbert.

#### RECONSTRUCCIÓN BURGUESA Y RESPUESTAS POLÍTICAS A LA CRISIS DEL CAPITALISMO

Hace ya tiempo que Charles Maier planteó un análisis del desarrollo europeo de esos años en los que la Depresión, el nacionalsocialismo y la Segunda Guerra Mundial constituían interrupciones, «aunque catastróficas», entre un establecimiento provisional del orden político y social y otro más permanente y duradero sobre el que ha descansado el capitalismo occidental desde 1945. En el prólogo a la segunda edición Maier reconocía que había una «contradicción implícita» latente en su tesis central sobre la estabilidad para un período tan conflictivo. Por un lado, sugería que los desastres de los años treinta no tenían que haber sucedido porque en las sociedades liberales existía un modelo de estabilidad política disponible para «acomodar» el conflicto de clases y de grupos de interés sin necesidad de recurrir al autoritarismo. Pero, por otro lado, su estudio confirmaba también que las tensiones legadas por la Primera Guerra Mundial eran casi insuperables y que, tras las nuevas dificultades acumuladas en los años veinte, resultó muy difícil preservar la democracia, especialmente en aquellos estados que quedaron mas tocados por la guerra<sup>9</sup>.

9. Charles MAIER: *Recasting Bourgeois Europe. Stabilization in France, Germany, and Italy in the Decade after World War I*, Princeton University Press, Princeton, 1988, XIII (la edición en castellano del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1988, no incluye ese prólogo).

En la tesis de Maier, Francia, Alemania e Italia, pese a sus muchas diferencias, compartieron un ciclo político común. Sufrieron disturbios políticos radicales desde el Armisticio hasta la primavera de 1919 pero, hacia 1920-1921, las «fuerzas del orden» recuperaron la iniciativa y empujaron a las «fuerzas del cambio» a una posición defensiva. A partir de ahí, cada uno de esos países «tuvo que encontrar un nuevo y precario equilibrio, basado no tanto en el restablecimiento de los preceptos ideológicos como en nuevos compromisos de grupos de interés o nuevas formas de coerción». Bajo esquemas liberales o autoritarios, el conflicto de clases se resolvió a través de la «estabilidad corporativa» que, por la mediación o la represión, presentó como principal objetivo político el apartar a los socialistas de cualquier influencia decisiva en el Estado. La cuestión obrera se convirtió en el caballo de batalla de esa estabilidad y la creciente intervención de los aparatos del Estado oscurecieron la distinción entre poder económico y poder político.

La historia «desde arriba» de Maier concede así mucha más importancia a la experiencia de la Primera Guerra Mundial, a los valores burgueses y a los intereses de la industria y de los negocios. La guerra había socavado las distinciones que definían la sociedad de clases en Europa y el desafío para las «élites y fuerzas del orden» se resumía en cómo aprovechar las oportunidades para reafirmar su hegemonía, «en el contexto del capitalismo corporativo», volver a ganar preeminencia política y hacer funcionar «el viejo sistema de dominio bajo nuevas condiciones». La consolidación o ruptura de ese equilibrio dependía no sólo de factores internos sino también de las dificultades de conciliación entre esos y las exigencias de la economía internacional<sup>10</sup>.

Las respuestas a la crisis económica –nacional e internacional– y su influencia en la continuidad o cambio en los diferentes regímenes del período de entreguerras es una cuestión que a Luebbert no le interesa demasiado porque en su interpretación las crisis económicas son «endémicas» en política y esos regímenes venían, en cualquier caso, determinados por los «legados de antes de la guerra». Frente a esa posición, existe una amplia y sólida bibliografía que destaca el papel de las diferentes políticas económicas adoptadas ante la crisis y proporciona un examen de las formas en que la política econó-

Debe recordarse que este libro, en mi opinión la versión más sólida de historia «desde arriba» que existe sobre el período, apareció en 1975, antes de que vieran la luz algunos debates ya clásicos sobre el excepcionalismo alemán y su contraste con la vía británica, bien resumidos en Richard J. EVANS: «El mito de la revolución ausente en Alemania», *Zona Abierta*, 53 (1989), pp. 77-118. Maier y Evans han abordado recientemente, desde diferentes planteamientos, la controversia entre los historiadores alemanes sobre el pasado nazi, donde late también toda esa polémica sobre las divergencias históricas de Alemania respecto al occidente: el primero en *The Unmasterable Past. History, Holocaust, and German National Identity*, Harvard University Press, Cambridge, MA., 1988; y el segundo en *In Hitler's Shadow. West German Historians and the Attempt to Escape from the Nazi Past*, Pantheon Books, New York, 1989.

10. Los entrecorridos proceden de su *Recasting Bourgeois Europe*, pp. 4 y 85-87. Las rutas hacia la «estabilidad corporativa» en los años veinte en Alemania, Italia y Francia las describe en pp. 353-354. Charles Maier ofreció posteriormente una explicación más elaborada del concepto de «economía política histórica», según el cual las ideas y comportamientos económicos no son meras estructuras para el análisis, sino «acciones y creencias» (...) «casuales e inciertas» que «podían haber sido diferentes y deben explicarse en contextos sociales y políticos particulares»: *In Search of Stability. Explorations in Historical Political Economy*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987, pp. 6-7.

mica de los países occidentales durante la Depresión y la recuperación fueron determinadas «por el marco institucional, político y financiero dominante» y por la presión de «intereses establecidos». Se trata, en definitiva, de debatir, frente al exclusivismo del análisis estructural de Luebbert, la significancia de la «relación simbiótica» entre el legado histórico y las acciones políticas<sup>11</sup>.

Con la conexión entre hechos económicos y políticos siempre presente, Peter Gourevitch intentó demostrar, en un estudio comparado de las respuestas políticas a la crisis de 1929, que las políticas económicas adoptadas afectaron a los resultados políticos. Cuando la Depresión se extendió por todo el mundo, la mayoría de los países respondieron con la misma política económica –la deflación, que era la solución recetada por los análisis ortodoxos de la economía de mercado–, para romper después con la ortodoxia e intentar estimular la demanda a través del gasto deficitario, el sistema de bienestar, la regulación de los mercados y experimentos con las empresas públicas. En un «juego político» tan complejo como el de los años treinta, varios resultados eran posibles. Las organizaciones y partidos articulaban los intereses y deseos de los ciudadanos; las instituciones ordenaban y distribuían los recursos disponibles; y la rivalidad militar internacional fijaba las oportunidades y los límites. Aunque en todas esas situaciones comunes los actores podían haber maniobrado de forma distinta –porque la contingencia, que nunca deber ser ignorada, «cobró en los años treinta mucha importancia»–, el éxito de las diferentes coaliciones políticas dependió siempre «de cómo dirigieron los asuntos económicos»<sup>12</sup>.

Más que la escasa relevancia asignada a la crisis económica –que, al fin y al cabo, fue mucho más decisiva en Alemania que en otros casos donde se destruyó la democracia–, lo que resulta sorprendente en el análisis de Luebbert es la estructura tan simplista de clases que maneja y la nula consideración del papel de la clase terrateniente en el proceso de coaliciones de clase que condujo a los fascismos. Como se sabe, Barrington Moore, en su historia comparada de las circunstancias que contribuyeron al desarrollo de la democracia parlamentaria, del comunismo o del fascismo, estableció como condición decisiva para el éxito de la solución fascista la formación de una coalición autoritaria

11. Los últimos entrecomillados proceden de la introducción de W. R. GARSIDE ed.: *Capitalism in Crisis. International Responses to the Great Depression*, Pinter Publishers, London, 1993, pp. 1-6, un estudio que refleja y pone al día lo mucho y bueno que los historiadores de la economía han producido sobre ese asunto.

12. Las diferencias entre Luebbert y Gourevitch parecen obvias. Mientras que el primero argumenta que «los modelos de organización política y económica del mercado de trabajo existentes antes de la guerra limitaron las posibilidades de coalición, que a su vez limitaron los estados (...) y las posibilidades de actuación política disponibles», Gourevitch cree que fue la crisis la que hizo cambiar las políticas concretas y determinó, en un grado que Luebbert nunca podría asumir, la continuidad democrática o la salida autoritaria. El mismo Luebbert señala esas diferencias en p. 357, nota 111, aunque cree que ambos argumentos no se oponen sino que «son paralelos y complementarios». La tesis de Gourevitch, que compara Suecia, Gran Bretaña, Alemania, Estados Unidos y Francia, en *Politics in Hard Times. Comparative Responses to International Economic Crises*, Cornell University Press, Ithaca, N.Y., 1986, pp. 124-166. Desde el punto de vista de la política económica, Gourevitch ve los períodos de 1929-39 y 1945-49, generalmente tratados por separado y divididos por la Segunda Guerra Mundial, «como partes de un único desarrollo histórico que culminó en la construcción de una economía mixta ubicada en una estructura política constitucional» (p. 125).

entre terratenientes, el estado y una burguesía débil y políticamente dependiente de los otros dos socios. Los factores que conducían a la formación de esa coalición eran muy diversos pero podían resumirse en el poder que la élite agraria conservaba todavía en esas sociedades a finales del siglo XIX –y en el posterior «interludio democrático»–, consecuencia a su vez de la ausencia de una ruptura revolucionaria con el pasado. Aunque su tesis es evidentemente mucho más compleja, lo que interesa retener aquí es que, en contraste con los casos que acabaron en fascismo, esa coalición reaccionaria no pudo hacerse realidad –debido precisamente a su diferente «vía modernizadora»– en ninguno de los países en que la democracia sobrevivió en el período de entreguerras.

John D. Stephens ha puesto a prueba recientemente la tesis de Moore en un amplio artículo en el que evalúa su validez con la inclusión, como casos comparables, de casi todos los países de Europa occidental que experimentaron gobiernos democráticos entre el final de la guerra franco-prusiana y el estallido de la Segunda Guerra Mundial. El objetivo fundamental de Stephens, cuyos razonamientos merecen un tratamiento más extenso que el que en estas páginas puede ofrecerse, consiste en dilucidar dos grandes cuestiones: por un lado, si «la existencia de determinadas relaciones agrarias de clase preindustriales (agricultura represora de la mano de obra), y más específicamente la presencia de una coalición estado-terratenientes-burguesía dependiente, distinguió a los países que sucumbieron al moderno autoritarismo capitalista (fascista o no) en el período de entreguerras de aquéllos donde la democracia perduró»; y por otro, si «las dificultades existentes en la transición inicial a la democracia y los acontecimientos que llevaron a la subsiguiente destrucción pueden descubrirse con el modelo de relaciones entre el estado y las clases sociales identificado por Moore».

La respuesta de Stephens, tras valorar y compartir algunas de las críticas más fundadas que se han formulado contra Moore, resulta concluyente: las relaciones agrarias de clase y los modelos de alianzas entre los estados y las clases que existían en el siglo XIX y comienzos del XX en Italia, Alemania, Austria y España fueron «causas necesarias, aunque no suficientes» de la destrucción de la democracia. La existencia de una poderosa clase terrateniente –en términos políticos y no sólo numéricos– «cambió las opciones de alianzas para otras clases (...) y en consecuencia cambió también los resultados políticos. Abrió las opciones autoritarias para la burguesía y, en la medida en que la alianza terratenientes-estado-burguesía afectó a la política de las clases medias y del campesinado, cerró opciones para la clase obrera»<sup>13</sup>.

13. John D. STEPHENS: «Democratic Transition and Breakdown in Western Europe, 1870-1939: A Test of the Moore Thesis», *American Journal of Sociology*, vol. 94, n. 5 (1989), pp. 1019-1077. Además de Francia y Gran Bretaña, ya estudiados por Moore, Stephens incluye entre los «supervivientes democráticos» a Suecia, Dinamarca, Noruega, Suiza, Bélgica, Holanda y, como caso de «eclipse parcial de la democracia», Finlandia. La crítica de Luebbert a la tesis de Moore –que identifica, injustamente, como «tesis Moore-Gerschenkron»–, en *Liberalism, Fascism, or Social Democracy*, pp. 308-309. La interpretación de Moore sobre la dependencia de la burguesía respecto a la clase terrateniente es discutida para el caso alemán –con el argumento opuesto de que la burguesía era en realidad la clase política y económicamente dominante en la Alemania imperial– por David BLACKBOURN y Geoff ELEY: *The Peculiarities of German History: Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century Germany*, Oxford University Press, Oxford, 1984, especialmente en pp. 54-55, 80 y 163-164.

La tesis de Luebbert y Moore aparecen así opuestas en ese tema primordial, aunque comparten, en mi opinión, una suposición que Luebbert no reconoce en la breve discusión que de los argumentos de Moore realiza en la conclusión de su libro. Como han indicado algunos de sus críticos, Moore asume que, en ausencia de una poderosa clase terrateniente estrechamente aliada con el estado, la burguesía adoptaría «naturalmente» la política democrática. Sin burguesía no hay democracia, porque ésta es la «mensajera» de ésta. Una de las consecuencias de ese planteamiento es que ignora a la clase obrera o no le concede ningún papel positivo en la transición a la democracia. Luebbert parece asumir también que la burguesía, en ausencia de divisiones internas, adopta históricamente la política liberal que, como asimismo se supone, constituye el principal apoyo para la democracia. El papel que le asigna a la clase obrera en el escenario de la Europa de entreguerras es, lógicamente, mucho más relevante que el que le otorga Moore para el siglo XIX pero tampoco influyó, en sentido positivo, en los resultados democráticos y fue siempre a remolque de lo que el triunfo o fracaso del matrimonio entre burguesía y liberalismo dictaba.

#### DEMOCRACIA, CLASE OBRERA Y PROTESTA SOCIAL

El análisis que otros autores hacen de la transición a la democracia confirma, no obstante, la interpretación elaborada ya hace años por Göran Therborn de que la clase obrera, representada por sus sindicatos y partidos socialistas, «fue la fuerza más importante en la mayoría de los países en el empuje final por el establecimiento del sufragio universal masculino y el gobierno responsable, aunque en varios de los países en que dominaba la pequeña propiedad de la tierra, los pequeños campesinos o las clases medias urbanas desempeñaron el principal papel». La rápida industrialización experimentada por Europa occidental en las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial incrementó el tamaño y el grado de organización de la clase obrera, modificando así el equilibrio de poder entre las clases en la sociedad civil. En todos esos países, pero especialmente entre los contendientes en esa guerra, los trastornos sociales causados por el conflicto contribuyeron al avance de la democracia y la clase obrera organizada, con su defensa de la ideología socialista que situaba la consecución del sufragio universal y del gobierno parlamentario en el centro de su programa, fue su principal impulsora. La burguesía, que aparece en muchas interpretaciones marxistas o liberales como el «vehículo natural» de la democracia, tuvo un protagonismo positivo únicamente en los casos británico y francés e incluso en esos dos países, sólo algunos segmentos de esa clase cooperaron en su impulso pero tras varios períodos de agitación popular en defensa de los principios democráticos frente a la resistencia burguesa. En los restantes países, la burguesía se opuso a la incorporación política de la clase obrera y su contribución fue establecer, y no siempre, gobiernos parlamentarios<sup>14</sup>.

14. El análisis de Göran Therborn, que siguen también Blackbourn y Eley, puede verse en «The Rule of Capital and the Rise of Democracy», *New Left Review*, 103 (1977), pp. 2-42. La cita y el argumento del texto proceden de John D. STEPHENS: «Democratic Transition and Breakdown in Western Europe», pp. 1031, 1035 y 1064. La definición que de democracia ofrece Stephens, mucho más amplia que la de Moore, requiere la existencia de sufragio universal masculino, responsa-

Dicha oposición estaría claramente conectada, como numerosas investigaciones regionales y locales sugieren, al apoyo de la clase obrera a los partidos socialistas. Desde ese punto de vista, serían las reivindicaciones socialistas del obrerismo organizado, y no tanto sus aspiraciones democráticas, las que provocarían la reacción de las clases poseedoras. En realidad, ambas cosas iban unidas porque el dilema ante el que se enfrentaba la izquierda europea tras el período de estabilización de 1923-24, derrotada ya la vía insurreccional-revolucionaria, era «cómo obtener el apoyo popular para el socialismo por medios electorales en un momento en el que (frente a predicciones anteriores) el proletariado industrial en su sentido clásico tenía escasas posibilidades de llegar a ser una mayoría numérica de la población votante y la práctica reformista había dejado de mostrar resultados palpables». Donde la clase obrera estaba bien organizada y comprometida con un partido socialista –moderado o radical– o, en palabras de Eley, «donde la izquierda siguió una práctica corporativa de clase de independencia proletaria», obstruyó la consolidación democrática. Porque, ante la imposibilidad de ampliación del electorado por parte de los partidos obreros en esa coyuntura crítica, los fascistas aparecieron violentamente en el escenario y «se apropiaron de ese amplio potencial popular»<sup>15</sup>.

Como puede observarse, las dos interpretaciones acerca de quién es el portador de la democracia –la burguesía o la clase obrera– dejan a la izquierda y a la derecha, por arriba y por abajo, notables espacios vacíos que otros autores han tratado de llenar. Uno de los trabajos que mejor aborda esa falta de equilibrio lleva el significativo título de *Splintered Classes. Politics and the Lower Middle Classes in Interwar Europe* y ha sido dirigido y compilado por Rudy Koshar. El punto de partida del libro es que los sectores inferiores de las clases medias, «tanto si reafirmaban intereses de grupo amenazados o planteaban nuevas reivindicaciones en la vida pública, no eran simplemente objetos de manipulación del estado y de la élite sino también agentes activos, y a menudo autóno-

bilidad del gobierno ante el parlamento y la ausencia de trabas para el voto. El sufragio universal masculino constituye así el punto crítico de transición en el que los derechos democráticos de las masas se convierten en una amenaza para las clases poseedoras (p. 1020). Según Eley, la oposición de la burguesía alemana a la completa «parlamentarización» procedía menos de su supuesta «tradición preindustrial» de autoritarismo que de «un cálculo racional de interés político en una situación en la que la extensión de las reformas parlamentarias necesariamente operaba en beneficio de la izquierda» (en D. BLACKBOURN Y G. ELEY: *The Peculiarities of German History*, p. 154). Charles Maier ha demostrado también que «la mayoría de los liberales alemanes ni siquiera podían aceptar un compromiso democrático» porque interpretaban que la democracia significaba «democracia social, igualdad y despotismo» (*Recasting Bourgeois Europe*, p. 37).

15. Las explicaciones que se ofrecen sobre esa imposibilidad son diversas. Luebbert, como hemos visto, recurre al fracaso de la hegemonía liberal antes de 1914, que generó a su vez el fracaso de la coalición entre liberalismo y clase obrera. Según Eley, a quien pertenece eso del dilema, fue la severidad de la crisis política –del estado– la que puso en evidencia las deficiencias de la izquierda socialista en el terreno de las aspiraciones populares-democráticas: «What Produces Fascism: Preindustrial Traditions or a Crisis of the Capitalist State», *Politics & Society*, vol. 12, nº 1 (1983), pp. 74-75 y 81. Para Stephens, que sigue en ese punto a Moore, allí donde existía la coalición entre terratenientes, el estado y la burguesía, no podía crearse ninguna alianza lo suficientemente fuerte para echarla abajo. Aún cuando la guerra cambió el balance de poder entre las clases y permitió el avance democrático, la clase obrera fue incapaz de mantener la democracia porque muy pronto nuevos problemas (crisis económica) y nuevas posibilidades de alianzas para las clases poseedoras hicieron pasar a la burguesía y a los terratenientes de una posición pasiva a otra activa frente al régimen democrático: «Democratic Transition and Breakdown in Western Europe», p. 1036.

mos, del cambio político». La tesis constituye así una reacción a los enfoques tradicionales que, desde Erich Fromm a Seymour Martin Lipset, pasando por el marxismo de la III Internacional, han visto en esos grupos a la fuerza de choque del fascismo, la expresión del autoritarismo pequeño-burgués o, en su caso más extremo, a «pequeños hombres marginales que podían convertirse fácilmente en pequeños Hitlers».

Frente a quienes consideran a esos grupos como «no organizados», «imposibles de organizar» o «alienados políticamente» y reacios a adaptarse a la nueva era de organización de masas, Koshar plantea en la introducción que los años de entreguerras fueron cruciales desde el punto de vista del incremento de sus oportunidades de organización y de su compromiso político. Sin embargo, esa participación política dependía mucho de las coaliciones que estaban formadas, del desarrollo del conflicto en cada sociedad y del «color» de los regímenes políticos. Lo cual quiere decir que Alemania no debería ser el modelo a agarrarse sino «el ejemplo de lo que podía suceder a parte de esos sectores inferiores de las clases medias cuando un estado gira rápidamente desde una democracia parlamentaria a la política autoritaria». El éxito de los nazis en la movilización de esos grupos ocurrió en un contexto de desilusión con la democracia y de ataques profundos al estado de Weimar que no se reprodujo en otros lugares, aunque la situación de países como Italia o Rumanía también proporcionó a sectores profesionales del funcionariado buenas oportunidades de utilizar a su favor un poderoso lenguaje de «deslealtad nacionalista» frente a un estado ya debilitado. Por el contrario, donde los partidos existentes siguieron conservando una notable influencia; la democracia parlamentaria estaba más arraigada; la movilización izquierdista no representaba una amenaza; la crisis económica fue menos severa; y los estados usaron la legislación para intentar satisfacer sus exigencias, las «clases medias bajas» permanecieron dentro de los canales políticos establecidos.

Sus opciones políticas, en definitiva, fueron diversas y los estudios específicos incluidos en *Splintered Classes* dejan constancia de cuatro diferentes «trayectorias» seguidas por esos grupos en la Europa de entreguerras: votar o unirse a partidos políticos de centro y derecha ya establecidos; participación en los movimientos socialistas; intentos, casi siempre fracasados, de crear partidos políticos independientes al margen de los ya existentes; y apoyo a los fascismos y a movimientos nacionalistas radicales, una vía que sólo apareció en circunstancias de «profunda conmoción» del estado y de la vida pública. Esas clases de composición social heterogénea, «hechas astillas» a lo largo y ancho del paisaje político europeo, mostraron sus frustraciones respecto al estado y a otros grupos más poderosos incluso en sociedades con sistemas políticos estables como Francia, Bélgica o Dinamarca. Si aceptamos las conclusiones de ese estudio, los sectores inferiores de las clases medias eran más sensibles al conflicto político que los obreros organizados o la alta burguesía «porque tenían menos poder económico para controlar los efectos del cambio político». Sin embargo, las nuevas investigaciones sobre esos años niegan que haya una «única clase media baja» o una única práctica política que las identifique, subrayan la diversidad frente a la teoría de la natural proclividad a la política autoritaria y proponen «relegar al cubo de la basura de la historia» el razonamiento sociológico que las considera reaccionarias por naturaleza y un fenómeno secundario en una estructura de clases dominada por la burguesía y la clase obrera organizadas<sup>16</sup>.

16. Todas las citas proceden del prólogo y la introducción de Rudy KOSHAR, ed.: *Splintered Classes. Politics and the Lower Middle Classes in Interwar Europe*, Holmes & Meier, New York,

Si muchos de los análisis centrados en la burguesía son incapaces de captar los múltiples significados políticos y las diferentes trayectorias que adoptaron sus sectores inferiores, la identificación entre clase obrera, movimiento obrero y socialismo conduce a menudo a la conclusión de que toda protesta «popular» que no tenga el apoyo organizado de los partidos socialistas entra en el terreno de la rebelión espontánea –primitiva, inarticulada o irresponsable– y carece, por consiguiente, de significancia política. La posición de Luebbert al respecto no deja lugar a dudas: las «innumerables monografías» sobre la vida cotidiana de los trabajadores y los «prolongados debates» sobre el «aburguesamiento», el revisionismo o el radicalismo obrero carecen de interés –o sólo lo tienen para «anticuarios», para aquellos que los quieran coleccionar– porque «en la época de política de masas en rápido desarrollo, los únicos valores de consecuencias perdurables (...) fueron los que estaban organizados» (pp. 184-185). Comunistas, parados, anarquistas, marginados y mujeres sirven sólo para rellenar los huecos dejados por los protagonistas de la historia y la persistencia de revueltas e insurrecciones en un escenario dominado por las huelgas ilustra en todo caso el atraso de las sociedades que las padecen<sup>17</sup>.

Una buena réplica a ese planteamiento lo constituye el trabajo de Giovanna Procacci sobre la protesta popular y el conflicto obrero en Italia durante la Primera Guerra Mundial. Frente a interpretaciones centradas sólo en aspectos políticos, que han dominado según ella la historiografía italiana sobre el período, Procacci efectúa un recorrido por las investigaciones recientes que subrayan la continuidad en la protesta en los años anteriores a la guerra, durante la guerra y en la inmediata posguerra, y en particular entre 1917-1920, «hasta tal punto que debería hacerse referencia al *quadriennio rosso* más que al *biennio rosso*». Italia experimentó durante esos años diversas clases de comportamientos populares y obreros «que fueron radicalmente diferentes unos de los otros y característicos de diferentes momentos en el proceso de industrialización». Confluyeron así actitudes típicas de la fase preindustrial –como los disturbios campesinos–, de la fase de transición –motines de consumo y «explosiones colectivas de cólera, improvisadas y

1990, VII-VIII y 1-30. Los capítulos de la obra, encargados por Koshar de acuerdo con una serie de criterios explicados en la introducción, incluyen investigaciones sobre Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, Rumanía, Dinamarca y Bélgica. Sobre los problemas de definición y categorización de esas clases puede verse Val BURRIS: «The Discovery of the New Middle Classes», *Theory & Society*, vol. 15, n. 3 (1986), p. 354, a quien pertenece también eso de «relegar al cubo de la basura de la historia».

17. La clase obrera a la que Stephens se refiere estaba también dominada por los partidos socialistas y sólo las divisiones generadas por la guerra y la revolución rusa crearon «minorías antidemocráticas, sobre todo los partidos comunistas, cuyas posiciones contribuyeron claramente al colapso de la democracia» (p. 1035). Es evidente que una afirmación de ese tipo –aun bajo el supuesto de que los socialistas mantuvieron siempre el compromiso con la democracia y los comunistas vieron en su destrucción el medio de lograr sus objetivos revolucionarios– nunca podrían sostenerla estudios rigurosos sobre las complejas circunstancias que llevaron al «fracaso» de Weimar, por poner el caso más estudiado y en el que los comunistas tampoco eran una «minoría». Un buen ejemplo de ese rigor puede verse en Ian KERSHAW, ed.: *Weimar: Why did German Democracy Fail?*, St. Martin Press, New York, 1990, especialmente la introducción de Kershaw, el análisis de Dick Geary sobre patronos y obreros y el compendio de causas que elabora Richard Bessel sobre el colapso de la República. La mejor síntesis que conozco sobre la Alemania de esos años es, no obstante, la de Eberhard Kolb, *The Weimar Republic*, Unwin Hyman, London, 1988.

sin organizar»— y de las primeras etapas de la industrialización —huelgas de corta duración, no coordinadas, y provocadas por una «reacción impulsiva frente a la injusticia»—. Con el avance de la guerra, sin embargo, que provocó el paso de una nación agrícola-industrial a otra «predominantemente industrial», la rebelión popular, tanto rural como urbana, perdió su carácter de «explosión destructiva y comenzó a tomar la forma de un desafío bien definido política y socialmente». Tal multiplicidad de posiciones y modos de comportamiento por parte de las autoridades, los trabajadores y los campesinos coexistieron durante un tiempo pero «al final los diversos momentos se fusionaron: el estado descubrió las reglas de un neautoritarismo social», mientras que la clase obrera adquirió «madurez» sindical y política.

Detrás de una protesta social tan diversificada había campesinos y obreros organizados, pero también «tumultuosas multitudes», formadas principalmente por mujeres y niños, que desarrollaron «rituales tradicionales», típicos de *jacqueries* campesinas, y cuyos principales objetivos eran los símbolos de poder. Las mujeres constituyeron incluso el porcentaje más alto de huelguistas en 1917 y existen numerosos testimonios donde aparecen incitando a los hombres a que les sigan en las huelgas. Sorprendente bajo los esquemas tradicionales del conflicto obrero pero nada extraño si se tiene en cuenta que «representaban el principal vínculo entre la fábrica y la sociedad, dado que fueron las mujeres quienes tenían que soportar la ineficacia de la distribución de alimentos (colas y carencia de productos de subsistencia) y fueron también ellas las más conscientes de las subidas de precios».

Todos esos conflictos, y el apoyo que la población campesina dió a los desertores —numerosos tras el desastre de Caporetto—, confirmaron, según Procacci, la profunda hostilidad y desconfianza hacia el estado, la guerra y el sistema social. El estado —el poder político— fue el enemigo a combatir y derrotar; pero, al mismo tiempo, fue también el organismo al que se le reclamaba ayuda y apoyo. La intervención del estado en las cuestiones sociales durante la guerra provocó, por lo tanto, «percepciones opuestas»: por un lado hostilidad y deseo de cambio; y por otro, una creciente convicción de que debería ser él el que asumiera en los años duros de la posguerra la principal función asistencial. La misma propaganda del estado, con sus promesas de reparto de tierras para los que habían luchado y de reformas en todos los ámbitos, estimuló las esperanzas en un mundo mejor que surgiría inevitablemente tras la guerra. Como se sabe, lo que sembraron entre otras cosas esas predicciones «milenaristas» fueron las semillas del fascismo. Y fue el fascismo el que prometió —y cumplió— derribar a los desgastados gobernantes de la Italia liberal y barrer de su territorio cualquier huella dejada por los «traidores» socialistas<sup>18</sup>.

18. Giovanna PROCACCI: «Popular protest and labour conflict in Italy, 1915-1918», *Social History*, vol. 14, nº 1 (1989), pp. 31-58. Los sentimientos opuestos y ambiguos de la clase obrera hacia las iniciativas del estado en política social aparecieron también en sociedades más avanzadas como la británica donde para muchos trabajadores «reforma social significaba policía» o, en el mejor de los casos, intrusiones de reformadores burgueses. Ese resentimiento y sospecha respecto al estado, que perduró hasta después de la Primera Guerra Mundial, es uno de los temas centrales del sugerente trabajo de James E. CRONIN Y Peter WEILER: «Working-Class Interests and the Politics of Social Democratic Reform in Britain, 1900-1940», *International Labor and Working-Class History*, 40 (1991), pp. 47-66.

## HISTORIA COMPARADA, ESTRUCTURALISMO Y ACCIÓN

Concluimos de esta forma el análisis de algunas contribuciones recientes a la historia de Europa occidental entre las dos guerras mundiales. Iniciamos el artículo con una síntesis de las tesis de Luebbert, continuamos con una evaluación de la validez de sus argumentos a la luz de otras investigaciones y vamos a terminar con un par de observaciones globales sobre uno de los libros más relevantes que ha dado en los últimos años la relación entre ciencia política e historia en el mundo académico norteamericano.

Como ya quedó señalado, el método que sostiene el entramado de historia comparada de Luebbert consiste –más que en una acumulación de explicaciones específicas– en una búsqueda de variables y conexiones causales que hagan comprensibles una serie amplia y general de experiencias nacionales. Con ese método siempre presente, la fuerza de su argumento reside en el énfasis atribuido a los procesos de formación de coaliciones de clases en las sociedades europeas occidentales antes de 1914 y que transmitieron sus efectos –en forma de legados y reconstrucciones de esos efectos– al período de entreguerras, independientemente de los cambios y reagrupamientos que el aumento de la conciencia de clase generó durante esos años. Eso quiere decir, por un lado, que su interpretación se basa en causas localizadas en sociedades particulares y no tanto en el marco del balance de poder y de la economía internacionales. Y por otro, que, dado el peso de esa herencia histórica, la elección intencionada de los diversos actores –colectivos e individuales– no tuvo influencia alguna porque los resultados estaban determinados y «estructurados».

Con esa negación de la intervención activa de los actores en los resultados del proceso histórico asoman una vez más a la superficie los límites del estructuralismo. Las clases sociales aparecen así como categorías estáticas sobre las que no influyen los procesos dinámicos de los conflictos en que participan ni los cambios en las condiciones sociales o en las jerarquías políticas. Luebbert tiene razón al afirmar que muchas de las teorías y explicaciones válidas para casos nacionales pierden gas cuando se las somete a la prueba de la comparación. Desde ese punto de vista, resulta incorrecto cuestionar los frutos de la tesis de Luebbert a partir de los «datos objetivos» de las investigaciones empíricas –hechos frente a teoría– e ignorar, o no querer reconocer, que las descripciones de esas pruebas empíricas también están cargadas de teorización. Pero los resultados de Luebbert están «estructurados» porque es la teoría que él ha elegido la que los ha «estructurado». Otras interpretaciones, al hacer el mismo recorrido histórico y con materia prima muy similar, pueden negar el carácter fascista de la solución dada a España o incluir a Austria entre los casos paradigmáticos del fascismo. Es la teoría la que cambia y entonces ya no nos enfrentamos a percepciones diferentes de los mismos fenómenos sino a fenómenos distintos: el fascismo español no es tal y se puede llegar a esa negación sin necesidad de rechazar las variables manejadas por Luebbert para demostrar el resultado contrario. Porque para Luebbert la condición indispensable para que una sociedad de Europa occidental culmine en un régimen fascista en el período de entreguerras es que, tras el fracaso histórico de la hegemonía liberal y de la coalición entre liberalismo y clase obrera, el movimiento obrero se empeñe –y se comprometa– en una defensa del proletariado rural. Para otros autores, sin embargo, todo eso podría ser una buena causa de la inestabilidad e inviabilidad democráticas pero no del fascismo, que ellos definen al margen de las circunstancias que lo provocan.

El problema que deja pendiente el libro de Luebbert es, en suma, cómo combinar una perspectiva que ponga énfasis en las estructuras y legados históricos con otra que subraye las presiones que actuaron sobre esas sociedades en el período específico y extraordinario comprendido entre las dos guerras mundiales. Investigaciones recientes han demostrado, por ejemplo, que lo que distinguió realmente a Alemania de otros países fue la fuerza con la que todas esas presiones confluyeron a la vez y de una forma tan concentrada: «la Alemania de Weimar tenía la constitución *más* democrática; desarrollo el sistema de bienestar social *más* avanzado; sufrió la *peor* inflación; había perdido y tenía que pagar por la guerra *más* destructiva disputada hasta ese momento; y debido a su peculiar estructura económica y posición en el mundo fue *sumamente* afectada por la Depresión». El sistema político podía posiblemente haber sido capaz de abordar individualmente cada uno de esos procesos destructivos. Al enfrentarse a todos juntos y al mismo tiempo estaba, sin embargo, «predestinada a la destrucción». Y es especialmente esa peculiar coyuntura la que explica no sólo el colapso de la democracia de Weimar sino por qué una dictadura tan salvaje ocupó su lugar. Porque, aunque se admitiera que el camino que llevó a esa solución se inició en el fracaso del liberalismo, resulta imposible llegar al final si no se presta la atención debida a la crisis del Estado y de dominación que la ocasionó. Y para eso, como se ha tratado de demostrar, hace falta incorporar muchas más variables y a muchos más protagonistas que los que Luebbert reconoce<sup>19</sup>.

19. La cita pertenece a Richard BESSEL: «Why Did the Weimar Republic Collapse?», en Ian KERSHAW, ed.: *Weimar*, pp. 148-149. Al lector español de la obra de Luebbert le podrá sorprender también que, con la excepción de Juan J. Linz, las fuentes de información que utiliza sobre España se limitan a libros de hispanistas británicos y norteamericanos publicados antes de finales de los setenta. Ese es, sin duda, un problema de la historia comparada –no se puede leer ni siquiera lo fundamental cuando se trata de analizar fenómenos del pasado de doce países y en varios idiomas– pero es también un buen indicativo de la naturaleza de los estudios históricos y de la formación recibida por los historiadores en España, donde hay una ausencia notable de buenas síntesis, escasa o nula dedicación a la historia de Europa y, como consecuencia de ello, débil repercusión de nuestros conocimientos e investigaciones específicas más allá de nuestras fronteras porque no se traducen a otros idiomas y tampoco se participa en congresos internacionales que no sean sobre nuestra historia.